

El largo adiós de Márai

Arnoldo Kraus

“La soledad que me envuelve es tan densa como la niebla invernal, es palpable. Hasta la ropa huele a muerte”. Con esa dureza escribe Sándor Márai en *Diarios. 1984-1989*.

La soledad puede ser peor que la muerte y la soledad en la vejez peor que todas las muertes. Muchas soledades hieren, asfixian, chupan. Impiden la vida. Duelen más las que no terminan. Tras la muerte, todo acaba, incluso las soledades más crudas. En *Diarios*, el escritor húngaro retrata el olor de la soledad, el tufo del aislamiento acumulado. Salvo por la pluma del autor, y sus guiños, casi no hay vestigios de vida, de voz. Ni siquiera la de su esposa enferma que muere recién iniciado 1986. No hay interlocución. Casi no hay palabras. Márai escribe para confirmar su propia existencia y la de la vida.

En los *Diarios*, la soledad y la vejez no son una enfermedad terminal. Son algo peor. Son una enfermedad crónica y degenerativa que devasta poco a poco, que carcome día a día. Que duele porque no acaba.

Diarios. 1984-1989 es el último tomo de los seis que escribió en el exilio. Casi al inicio de sus memorias, en 1984, dice:

Me siento enfermo y muy cansado; es posible que me consuma un gusano por dentro, o tal vez que las pilas están a punto de agotarse. Pero todavía cumplo con el paseo corto por la mañana y con el de tres cuartos de hora por la tarde; eso me ayuda a pasar los días. La proximidad de la muerte confiere a la conciencia más fuerzas que desánimo.

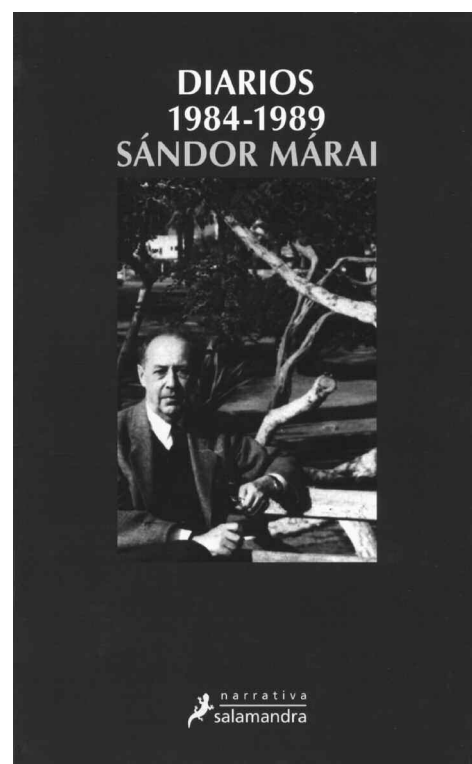
La última nota de los *Diarios* dice: “Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero apla-

zar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora”. Seis semanas después, a los ochenta y nueve años, se quita la vida con un disparo.

Márai no perdona. No existe la auto-compasión. Se exprime. Analiza los tropezos del mundo. Habla del dolor de la vida. Le explica a su diario, a la postre su único interlocutor, cómo cae el ser humano, cómo se agota la existencia y cómo su esposa se apaga sin que nadie pueda detener la caída. El testimonio del escritor húngaro es demoledor: sabe que la muerte lo espera y que en ese momento nadie estará con él. No hay espacio para la ternura. No hay quien le escuche. Sus certezas son la soledad y la vejez. Nefanda combinación.

Márai les escribe a la esposa que se extingue y al hijo adoptivo que muere. La cruda soledad se convierte en su compañera y en su *leitmotiv*. Si no se sintiese atenazado por el impasible y frío silencio de la soledad, es probable que no hubiese escrito con tanta gallardía y valentía. Si no fuese por la vejez que le perseguía, es factible que los diarios hubiesen adquirido otro sendero. La soledad es su compañera. La vejez su último suspiro.

Su diálogo con la soledad es una lucha sin ambages contra la muerte que le habla. Márai no rehuye el diálogo: “Quietud si pienso en la muerte. Inquietud si pienso en el morir”. Escribir es una forma de luchar y de hablar contra el incurable mal del exiliado. Como tantos otros, Márai nunca logró restañar las heridas impuestas por el dolor del destierro: “Hoy hace cuarenta años que se destruyó el yo que fui y cobró forma ese otro que soy en la actualidad. El mismo que ahora se desmorona”. Que se desmorona pero que tiene que lidiar con la vida y con las fracturas de la esposa:



El ojo de L. —su esposa—, no mejora; ella vive a tropezones y yo ando a tropezones a su lado (...) L. se ha caído otra vez; por suerte no ha sido nada grave, un simple accidente de baño; los dos viejecitos, enfermos y ciegos que somos, todavía nos brindamos apoyo mutuamente. Y siempre cabe decir que podría ser peor. Lo cual no deja de ser cierto.

Cuando L. muere la soledad se recrudece y la vejez arremete sin piedad. Se hacen más densas. Las notas del diario se convierten en su único vínculo con la vida. Le hablan, les habla. Lo mantienen en el mundo de los vivos. Con la muerte de L. desaparece la voz que le recordaba uno de los significados de la vida. No tiene a quién dedicarse; no tiene la preocupación de saber si ella vive o si ha fallecido. La ausencia apabulla. El peso de la vejez aplasta. Lo rodea el encono. Contra los médicos, “hacia años que íbamos de médico en médico (son seres repugnantes, merca-chifles, que venden estómagos, ojos, corazonas, pocos hay que muestren un atisbo de humanidad)”; contra su aislamiento, “el único ser vivo con el que intercambio alguna palabra es la asistenta, la señora mayor que viene a limpiar el piso tres veces por semana”; contra sí mismo, “la furia. Vergüenza porque pierdo todo mi tiempo, todo el día holgazaneando”.

Márai escribió sus diarios a máquina; la última nota, la del adiós, la escribió a mano. “Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero aplazar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora”. Leo entre líneas. Me detengo. Entre una miríada de notas escritas con las teclas frías de la máquina, la postrema, fue con su mano. Con su mano derrotada que escucha los lamentos de su alma rota, sin fuerza. Con su existencia quebrada por la muerte reciente de su esposa y por un exilio prolongado y doloroso del cual nunca se repuso. Me detengo de nuevo. No sé bien cómo interpretar el gesto de haber escrito a mano la última nota. Esa nota, con la caligrafía temblorosa, ¿debe entenderse como una sutileza de la vida? Para algunos sí, para otros no. Cuando se es viejo, y la soledad es la única compañera, sumar las sutilezas de la vida puede ser sinónimo de planear la muerte.

El autor de *La mujer justa* eligió el camino de la muerte cuando entendió que ya no había motivos para seguir ejerciendo la tarea de vivir. Las notas que dejó en su último diario reflejan el desgaste que producen los años, retratan la desesperanza que implacablemente tala el tiempo y exponen la desazón cuando el futuro se avizora doloroso.

Márai se quitó la vida en 1989. No lo hizo para huir de su memoria. Fue al contrario. Accionó el gatillo porque las voces del pasado lo apresaron. Incapaz de reinventar el tiempo optó por el suicidio. Sus notas desvelan su incapacidad para seguir vivo y la inutilidad del pasado y del presente como pretextos de vida. Sudan desasosiego, reflejan entereza.

Tres años antes de suicidarse, en 1986, agobiado por el fallecimiento reciente de su esposa y por la soledad que lo golpeaba anotó:

Vuelvo a casa en taxi; el chofer me pregunta qué he comprado y asiente al saber que se trata de un revólver. “Siempre viene bien”, me dice. Es la primera vez que siento algo parecido a la tranquilidad. No tengo planes de suicidio, pero si el envejecimiento, la debilitación, la pérdida de mis capacidades avanzan al mismo ritmo, es bueno saber que

podré acabar con ese humillante deterioro en cualquier momento...

Un año y medio después de la muerte de su mujer, fallece su hijo adoptivo. A partir de esa fecha, sus fuerzas decaen estrepitosamente y la soledad se profundiza. El vacío no acaba. La desesperanza se apodera de sus días. Escribe duro, corto. Sus notas son estremecedoras. Se agolpan. Muestran la realidad de quien ve y piensa en la muerte. De quien la ve y no la rehuye. La sabe cercana y entiende que merodea. La toca. La lleva a cuevas pero es incapaz de discernir con exactitud qué hacer con ella. ¿Hablarle o callar?, ¿sustraerse o afrontarla? Imposible esquivarla.

Entresaco algunas reflexiones. “Hago lo necesario en el piso y cumplo con el ritual de la higiene diaria. Ya no es vida, sólo existencia”. “Me repugnan esas mentiras sobre la muerte. La vida eterna. La vida después de la muerte. Condena, esferas, cielos e infierno. Sólo son mentiras, repugnantes, estúpidas, lloronas. La realidad es una burla obscena, es la muerte”. Imposible huir: “El hombre es despiadado, sin remedio. Es despiadado porque no puede ser de otra forma”.

La muerte de su mujer destruye toda esperanza. La soledad y la vejez lo asfixian: “Por las noches ya no suena el ‘teléfono rojo’. Los muertos se alejan de mí como los vivos. Dios, si existe, se calla”. La falta de contacto con otros seres humanos lo desmorona: “Un actor de ochenta y un años murió mientras dormía. Es la primera vez en mucho tiempo que siento auténtica envidia”. Otra nota, devastadora, sin miramientos, escrita catorce meses antes del suicidio:

En esta soledad final y absoluta mi único temor es no saber aprovechar el momento en que todavía sea capaz de actuar y prevenir la impotencia, el pasar un largo tiempo en el hospital... no siento nostalgia de la muerte, ni tampoco me inspira miedo. Más bien es la vida la que me da miedo.

Recuerda a su esposa enferma cuando en los últimos meses, ciega e impotente, manoseaba las sabanas y decía: “Qué lento muero”.

Aunque Schopenhauer condenaba el suicidio aceptaba que podría ser una afir-

mación de la voluntad de vivir. La voluntad de vivir de Márai se esfuma sin remedio. La pérdida de su esposa y los azogues de la vejez son preámbulo del final. Su dignidad, su autonomía y su capacidad para gozar la vida decaen día a día. Nada lo detiene. La libido desaparece. No hay sostén. No hay ningún pretexto, ni bueno ni malo, para continuar. En 1984, cinco años antes de su muerte, Márai reflexiona:

Quien sigue en este mundo después de cumplir los ochenta se limita a llevar una existencia vegetativa, no una auténtica vida: a estas edades ya no se vive por algo, simplemente se vive.

Los *Diarios* son un legado único. No son un recorrido hacia el suicidio. Son una radiografía de su memoria, una disección del presente y un estudio de sus últimos años de vida. La brutalidad con la que se habla y la dureza con la que se autoanaliza detienen la respiración. Lo mismo sucede cuando reflexiona sobre el mundo y cuando hurga en el ser humano: el dolor es constante, el escepticismo regla. No hay lugar para la tranquilidad: retrata un presente crudo, un futuro quebrado. Márai escribió sus *Diarios* para vivir y para cavilar acerca del suicidio. La última nota, la única tallada a mano, la escribió por la voluntad que tuvo de vivir y por la necesidad de hacerle saber a la muerte que la vida tiene límites. Su último acto, su suicidio, fue un acto de lucidez.

“Qué lento muero” —decía L.—. Sería tranquilizador saber que todavía puedo disponer mi propia muerte y que no estoy obligado a someterme al proceso de la impotencia y de la descomposición... pienso en la muerte con sosiego, como el último gran regalo.

Página a página, día a día, Sándor caviló acerca del final. Algunas veces al tocar la piel de su mujer que moría poco a poco, que moría sin cesar. Otras veces, sobre todo tras el deceso de su compañera, enfrentó la idea del adiós derrotado y solo. Al final, justo cuando intuyó que la verdad provenía de los muertos, decidió concluir sus *Diarios* para decir adiós. ■